

ta, que eran ciertos Pueblos Otomies, que sin licencia se avian desmandado, aunque se holgaban, que algunos habiesen pagado la pena, que merecian, y que la Señoria le deseaba ver, conocer, y servir en su Pueblo, y que si queria que pagasen los Caballos, que aquellos Otomies mataron, embaxarian luego Oro, y Joias por ellos. Fernando Cortès, aunque conoció que el recado era falso, para asegurarle, respondió, agradeciendo su ofrecimiento, y buena voluntad, y que presto veria con ellos, porque lo deseaba mucho; y disimulando la pena, que tuvo, de que los Indios huviesen entendido, que los Caballos eran mortales: dixo, que no queria paga, porque presto le vendrian otros muchos, de donde aquellos avian nacido. Eran estos Otomies, Vasallos de la Señoria de Tlaxcalla, que tenian sus Lugares en partes bajas, y Atalayas en los Cerros, y en aviendo Gente Estrangera, hacian ahumadas desde la primera, y respondian de las otras, y la Gente se juntaba para la defensa.

*CAP. XXX. De una Batalla, que los Castellanos tuvieron, con los de Tlaxcalla, y buelta de dos, de los Mensageros, que avian ido à Tlaxcalla.*



OS Embaxadores se volvieron, y llevaron consigo hasta sesenta Indios, que en aquel Reencuentro avian sido alanceados, para enterrarlos. Cortès mandó enterrar los Caballos, por no dexar ocasion, de que viendolos cada dia en el Campo, los Indios considerasen, que podian matar los otros. Estaba ya (como queda dicho) el Exercito dentro de los Limites de Tlaxcalla, y hasta entrar en ellos, llamaban à toda aquella Provincia, desde la Villa Rica, Cuertlaxtla, que aunque grande la distancia, no era mui poblada, porque en tiempos pasados la destruyó Motecucuma, porque no le obedecian. Aqui dice Herrera, que es la Tierra conforme al Andalucía, gruesa, caliente, y fertil, con muchas Aguas dulces, y buenas, adonde se cria mucho Pescado, y muchas Florestas de Arboles Salvages,

Herrera.

Alamedas, y Parrales, y otros, y avia treinta Leguas de travesia, hasta los Puertos, que son asperos, y frios, con Nieve en algunas partes de ellos, con muchos Pinares, y Encinares, aunque maiores, de maior Hoja, y menor Bellota, que los de Castilla. Lo que ai en esto es, que desde la Villa Rica, hasta llegar à las Sierras, y Tierras Altas, son todas calientes, mas, y menos, y no todas en igualdad de Temple; en las quales ai las cosas, que dice Herrera; pero por acá arriba, viniendo à Tlaxcalla, no ai Aguas, (sino mui pocas, y ningun Pescado) y son Campos rasos, y mui secos, aunque en algunas partes ai algunas Lagunas pequeñas. (como en otra parte decimos). A puesta del Sol, alojó Fernando Cortès su Exercito, junto à vn Arroio, en Sitio comodo, y fuerte, y de ciento en ciento, por sus Quartos hicieron la Guarda; y no aviendo tenido aquella Noche ningun sobresalto, à otro dia llegaron à vnas Casas de Otomies, adonde hallaron algunos Hombres muertos, de las Heridas del Reencuentro pasado. Quemaron las Casas, y de hambre comieron Tunas, Fruta de la Tierra, y esto porque las vieron comer à los Indios del Exercito. Otro dia prosiguió su Camino, y llegando à vn mal paso de vna quebrada honda, señoreada de Sierras al rededor, antes que començasen à pasar, ladró vn Perro, acudió Lare Herrador, Hombre diestro de à Caballo, mató dos Indios, que halló, y otros que avia con ellos huvieron. Llegaron aqui los otros dos Mensageros Cempoalles, sudando, llorando, maltratados, y que apenas de miedo podian hablar. Hecharonse en el suelo, abragaronse à los pies de Fernando Cortès, y dixeron: Que los malos Tlaxcaltecas, violando el derecho de la Embaxada, los avian atado para sacrificarlos al Dios de la Victoria, y que aquella Noche, desatandose el vno al otro, avian huido, y que avian oido decir, que de la misma manera pensaban sacrificar à los Christianos.

Poco despues de llegados los Cempoalles, aviendo andado poco mas de medio quarto de Legua, por detras de vn Cerillo, afomaron hasta mil Indios, bien Armados. Acometieron à los Castellanos con el Alarido, que suelen, tirando muchos Dardos, Piedras, y Saetas; Cortès, con los Farautes, les rogó que estuviesen quedos, porque

queria paz; y con Escrivano, y Testigos se lo requirió, y dió à entender. Nisto que los Indios no cesaban de pelear, acordó de dar en ellos, los quales diestramente se fueron retirando, y llevando à los Castellanos à vna Embocada de mas treinta de mil, que estaban el Arroio arriba, por vnas Quebradillas, que avia àcia el Paso mui aspero, adonde los Castellanos se vieron perdidos, por la multitud de Enemigos, que adonde no se podian revolver, les cargaban; pero valia mucho el animo, que les daba Fernando Cortès, diciendo: que ya no se peleaba sino por la Vida, y sin hacer injuria à quien sin causa les avia acometido. Y aqui dixo Tench, vno de los Nobles de Cempoalla, à Marina, que via la muerte de todos delante de los Ojos, y que nos era posible, que ninguno escapase vivo. Respondiòle Marina, que no tuviese miedo, porque el Dios de los Christianos, que es mui Poderoso, y los queria mucho, los sacaria de peligro. Y no mucho despues de estas palabras, peleando varonilmente los Castellanos, y los Indios Amigos, por no ser Sacrificados, con mucho esfuerzo, salieron de aquella apretura, adonde peleaban los Tlaxcaltecas, con tanto corage, que muchos llegaron à los Braços con los Castellanos, y otros à tomar las Lanças à los de à Caballo, los quales yendo delante, abrian paso à los Infantes; y los Indios Amigos, hechandose al Agua, resistian. Fernando Cortès bolvia de quando en quando à los Infantes, y decia, que mirasen, que de la conservacion de sus Personas en aquella Tierra, dependia el plantar en ella la Fè de Jesu Christo, à que tenian tanta obligacion, y porque podian esperar grandes bienes, aliende de que siendo Hombres Castellanos, no se avian de perder de animo, ni bolver Pies à tras, como nunca à su Nacion avia acontecido. Al fin, con mucho trabajo salieron de aquellas Quebradas, y Arroios, al Campo raso, adonde pudiendo correr los Caballos, y jugar el Artilleria, ponian gran espanto à los Indios, y mataban muchos; los quales, no lo pudiendo sufrir, se fueron retirando en orden, à vn recuesto, adonde se hicieron fuertes. Huyo este Dia algunos Castellanos heridos; pero ninguno muerto, y muchos Indios murieron alli, y otros despues, que salieron heridos. Fue cosa notable, el alegria de los Castellanos, que en altas voces daban gracias à Dios, por averlos librado de tan gran peligro, y

Tomo I.

el regocijo de los Indios Amigos, que abraçando à los Castellanos, con ellos se alegraban de aver escapado; y el Caballero Cempoaltecatl, alabando à Marina, contaba su Profecia; la qual afirmò, que nunca tuvo miedo, confiando, que el Dios de los Christianos los favorecia. Tocabanse las Trompetas, Pifanos, y Caxas de el Exercito, y los Instrumentos de los Indios Amigos, que Bailando à su modo, cantaban en altas voces la Victoria, hechando de ver los Enemigos como se celebraba.

*CAP. XXXI. De vn Desafio de vn Indio Cempoalteca, con otro Tlaxcalteca, que se llegó à vista de el Exercito de la Señoria de Tlaxcalla; y de una Batalla, que presentaron los Tlaxcaltecas, de mas de ciento y cinquenta mil Combatientes, y vn Presente arrogante, que hicieron à los Nue-*

*tros.*



STANDO las cosas en este estado, vn Indio, Capitan de cierta parte de el Exercito Encemigo, haciendo Señal de Paz, baxó adonde Fernando

Cortès estaba, acompañado de ciertos Principales de los Suos; dixole, que como la experiencia lo avia mostrado, via, que el, y los suos, eran invencibles, y ser Dioses irmortales, que le suplicaba, que la Guerra ro pasase adelante, que el trataria con los Capitanes de su parte, que le tuviesen por Amigo, y dexasen entrar en Tlaxcalla. Fernando Cortès alegremente le respondió: Que ya les avia ofrecido su amistad, y que aunque tenia raçon, no les queria dar mal por mal, sino conformarse con el Precepto de Dios, y que se ofrecia de ser su Amigo. Bolvió el Capitan a los Tlaxcaltecas, y dieronle tantos Palos, que le descalabrarón bien. Fuese à Fernando Cortès, diciendo, que aquellos malos Hombres le querian destruir. Mandòle curar, y advirtiòle, que pues se avia de llegar à las Manos con

Hhh

la



la Gente de su Compañía; se aparta- se con cierta señal, que le dió, para que no fuese ofendido. Salían algunos à escaramuçar de los dos Campos, y se hacían algunas buenas suertes; y entre otros, conociendo vn Indio de los quatro Cempoalles, que Fernando Cortés embió con su Mensage, à la Señoria de Tlaxcalla, à vn Capitán, que en aque- lla Ciudad le prendió, ató, y maltra- tò, teniendose por mui ofendido, por- que los Embaxadores, y Mensageros, entre estas Naciones, aunque Barba- ras, eran de grande estimacion. (como decimos en otra parte) Pidió licencia à Fernando Cortés para desafiarse; y lo ando su proposito, le abraçó, y ani- mò, y permitió el Desafío; y ordenó à vn Castellano, que quando peleate, se fuese con disimulacion acercando, para que si le viesse ir de vencida, no le dexase perecer. Començose la Batalla, à la vista de los dos Exercitos, tirandose con las Espadas, y reparandose con las Rodelas; pero al cabo, el Cempoalte- ca mató al Tlaxcalteca, y le cortó la Cabeça, festejando la Victoria los In- dios Amigos, con grandissima voceria, y ruido, y con sus Caracoles, y Bo- cinas, de las quales llevaban infinitas; y los Castellanos, por el alegría, que co- nocieron en Cortés, que tuvo la Vic- toria por dicha señal de sus Empre- sas, la celebraron tambien con sus Trom- petas, y Caxas. Avia entre los dos Exercitos vn paso mui estrecho, y pe- ligroso, que los de Tlaxcalla defendían, por donde los Castellanos necesariamente avian de pasar. Ofreciose Diego de Ordás à ganarle con sesenta Castella- nos; cerró valerosamente con los Ene- migos, con los quales iba peleando, y ganando Tierra, aunque llóvan flechas sobre él, y sobre todos. Al fin, ganó el paso, y los Caballos pasaron luego de diestro. Fue este vn hecho mui se- ñalado, y en que mostró Diego de Ordás grande Animo, y Valentia, por- que los Indios eran infinitos, y la llu- via de las Flechas tan espesa, que fue necesario su gran Animo para emprehen- derla, con los sesenta Hombres escogi- dos, que llevó, cuya industria fue ad- mirable, porque mui cerrados vnos con otros, levantadas las Rodelas, escudan- dose con ellas igualmente, puestas sin perder su orden, iban peleando, y me- jorandose, hasta que tuvieron Victo- ria.

Los Tlaxcaltecas, visto que aquel

paso Barrancoso; que tenían por apa- rejado, para ser defendido, era perdido, y que allí no tenían mas que hacer, mostrando, que de el todo desampara- ban la Campaña, desaparecieron; y los Castellanos mui alegres, por adelantarse, fueron à asentarse su Campo en vn Chico Pueblo, que estaba en vn Alto, allí cerca, adonde avia vn Templo, con vna Torrecilla, que despues con mucha raçon se llamó de Victoria. Hicieron con gran diligencia Barracas de Rama, y Paja, en que con alegría tra- bajaban los Indios Amigos, porque con mucha destreça Fernando Cortés los tenia contentos, y ellos acudían à fer- vir en todo, (por esto, y por no dar en las Manos de sus Enemigos) con buena vo- luntad. Estuvo toda la Noche, que fue la primera de Septiembre, con gran cuidado; y en el Quarto del Alva, que era quando mas temian, estuvo de Guar- da Fernando Cortés, con la tercera parte de el Exercito; pero no hubo Ene- migos, porque no vñaban pelear de Noche. Otro Día pareció à Fernando Cortés embiar Mensageros, à rogar à los Tlaxcaltecas, que libremente dexasen ir su Camino, pues ni quería ha- cerles mal, ni iba à Confederarse contra ellos con el Rey de Mexico, sino hacer lo que el Rey de Castilla, su Señor, le avia mandado: y entre tanto dexando à Pedro de Alvarado, con la mitad de el Exercito, salió à la Campaña, con la otra parte, y los Caballos. Quemó à qua- tro, ó cinco Lugares, bolvió con quatro- cientos Personas, sin recibir daño, aun- que le fueron cargando los Enemigos hasta el Quartel, y halló, que los Ca- pitanes Tlaxcaltecas avian respondido, que otro Día irían à verle, y respon- derle. Por esta respuesta tan determina- da, y aver sabido, que se avian juntado ciento y cinquenta mil Hombres, en- tendió Fernando Cortés en ordenar de tal manera su Exercito, que no le halla- sen desapercebido.

De los Presos, que eran Hombres de mas raçon, parte por albagos, y parte con tormentos, quiso Fernando Cor- tés saber, si aquel gran Exercito era de Otomies, ó de Tlaxcaltecas, ó de los vnos, y de los otros, y preguntó: por qué causa estaban tan porfiados, en no darle paso por sus Tierras; y qué Gente de Guer- ra podrian poner en la Campaña, hacien- do todo el esfuerso posible? Quiso tam- bien entender los Ardides, y formas de pelear, que tenían en todos tiem- pos,

pos; y de qué cosa los Castellanos re- cibirian maior daño, espanto, y re- mor, y todo lo demás que le pa- recia, que le convenia saber, para encaminar bien las cosas de la Guerra? Respondieronle, que pues ya eran sus Prisioneros, y de el recibían tan buen tratamiento, le dirían verdad. Afirmaron, que la Gente del Exercito, era Otomie, y Tlaxcalteca, toda sujeta à la Señoria de Tlaxcalla, aunque no queria, que se supiese, que la Repu- blica hacia la Guerra, porque se tenían por tan valientes, que siendo vencidos, no querían, que se entendiese, que ellos avian hecho la Guerra, y que le querían tan mal, porque se persua- dian, que iba à ser Amigo de su Mor- tal Enemigo Motecuhçuma, y que es- taban concertados de no parar, hasta vencer à los Castellanos, y sacrificar- los à sus Dioses, haciendo despues de ellos vn Solemne Banquete, que llama- ban Celestial, y que esta Guerra se hacia por particular persuasión del Ca- pitán Xicotencatl, que llevaba el Es- tandarte de la Republica, que era vn Aguila de Oro, con las Alas esten- didas, con muchos Esmaltes, y Ar- genteria, y que el día siguiente la ve- ría detrás del Exercito, porque se avia de pelear, y porque en tiempo de Paz vñaban llevarla delante, y que serían todos ciento y cinquenta mil Comba- tientes, los mas Flecheros, que en quebradas, y recueitos, eran mui cer- teros, y que tenían mucho de aque- llos Truenos, y de los grandes, y Cor- redores Venados, que llevaban, y es- taban maravillados de las grandes, y mortales heridas, que daban sus Es- padas.

Pareció el Gran Exercito Tlaxcal- teca; vióse la señal del General, y parecia tanta, y tan lucida Gente, que cubria el Campo, todos pintados con Bixa, y Xagua, y mui empenachados, armados à su uso, con Flechas, y Ar- cos, Hondas, y Varas, con Amientos, que tiraban con tanta fuerça, y maña, que pasaban vna Puerta, y era el Ar- ma, que mas temieron los Castellanos, Lanças bien largas, y Espadas de Pe- dernal, con sus Rodelas, Porras, ó Macanas, Cascos, Braçaletes, y Gre- vas de Madera, cubiertas de Cuero de Venado, y Dorados, Coraças de Al- godon, tan gruesas, como el Dedo, que llamaban Jchcahuipiles, de los quales se aprovecharon despues los Cas- tellanos,

porque los hallaron prove- chosos para las Flechas, y para el mu- cho trabajo, que padecían, que con Armas de Yerro, y Acero no pudie- ran sufrir; y también se valieron de las Rodelas de los Indios, porque con el mucho pelear, presto perecieron las suyas, y eran mui galanas, hechas de Palo, y Cuero, con Pluma, y otras textidas de Caña, con Algodon, y eran las mejores, porque no hendían. Iba el Campo en mui gentil orden, repar- tido en sus Esquadrones, no en hileras ordenadas, sino apañuscados, y en cada vno sonaban muchos Caracoles, Bocinas, y Atabales, que era cosa de ver, porque nunca Castellanos vieron tan grande, y numeroso Campo, des- pues que las Indias se descubrieron. Pulieronse los Enemigos mui cerca de los Castellanos, vna Barranca en me- dio. Gran alegría fue la que mostró Fernando Cortés en verlos, y dió à entender à los suyos, que Dios les pre- sentaba aquella ocasion, para maior gloria sua, y honra de la Nacion Cas- tellana, con que avia de espantar, no solo à Motecuhçuma, sino à todo aquel Orbe. Los Tlaxcaltecas mui vñanos, con tan gran Exercito, y pode- roso, confiados en el poco numero de los Castellanos, orgullosos, como acos- tumbrados à tener Victoria de sus Ene- migos, con mucha confianza, y sober- bia decían: Quien son estos tan pre- suntuosos, y tan pocos, que à nues- tro pesar piensan entrar en nuestra Tierra? Y porque no piensen, que los queremos mas tomar por hambre, que vencerlos con las Armas, embie- moslos de comer, que vienen ham- brientos, y cansados, para que des- pues del Sacrificio los hallèmos sabro- sos. Embiaron trescientos Gallinayos, docientas Cestas de Bollos de Çentli, que ellos llaman Tamales, que pesa- rian docientas Arrobas de Pan, que fue gran Socorro para los Castella- nos, segun la necesidad, en que se hallaban.





CAP. XXXII. De tres Batallas, que los Castellanos tuvieron con los de Tlaxcalla, y otras cosas, que con ellos sucedieron.



UANDO pareció à los Tlaxcaltecas, que los Castellanos avian comido, con grandes fieros, Xicotencatl mandò, que dos mil Hombres fuesen à los Castellanos, diciendo: Id à tomar aquellos Hombres Rebofados, ò Vomitados de la Mar, y si se os defendieren, matadlos, y mirad, que hagais, como Valientes, pues sois la flor de nuestro Exercito, y vais apear por los Dioses, y por la Patria. Pasaron los dos mil animosamente la Barranca, y con mucha ofadia llegaron à la Torre. Salieron à ellos los de à Caballo, y siguieron los Infantes, y al primer Encuentro conocieron los Tlaxcaltecas, quanto valian las Armas Castellanas. Retiraronse vn poco; pero bolvieron con doblada furia, y acabaron de desengañarse, que no convenia menospreciar tanto aquellos pocos; salvaronse los que acertaron con el paso de la Barranca, los demás quedaron muertos. Los Capitanes del Exercito, viendo lo que pasaba, con temeroso Alarido embistieron con todas sus Fuerças, y con tanto atrevimiento, que muchos Indios llegaron al Quartel, y entraron algunos, à pesar de los que lo defendian, y anduvieron à braços, y cuchilladas con los Castellanos, y por la multitud de los Enemigos, fue este Dia mui peligroso; porque se peleò en la Trinchea, y fuera, mas de quatro horas, primero que pudiesen hacer Plaça, cargando con atrevimiento los Indios, valerosa, y porfiadamente, hasta que viendo los muchos muertos, aflojaron. Espantados de ver que no mataban à ningun Castellano, teniendolo por cosa prodigiosa, y terrible, y como enojados de si mismos, rabiando peleaban; pero siendo ya tarde, se retiraron del todo. Durmieron los Castellanos aquella Noche mas contentos de saber, que los Indios no peleaban con la obscuridad de la Noche, que con la Victoria, aunque con buena guarda. Los Indios no por esto se

tuvieron por vencidos; aunque no se supo quantos fueron los Muertos, porque con grandissima diligencia, en caiendo muerto el Hombre, le arrebatában, y escondian. Juzgòse, que lo hacian por no defaminar à los suyos, y dar animo à los Enemigos.

Fernando Cortès, el siguiente dia, salió à la Campaña, quemò algunos Pueblos, y saqueò vno de tres mil Vecinos, adonde avia poca Gente de Guerra, porque la maior parte estaba en el Exercito; con todo esto pelearon, como por sus Casas, y Haciendas, aunque les aprovechò poco, porque murieron muchos. Pusòse fuego al Lugar, llevaronse muchos Presos, y se bolvieron al Exercito, al socorro acudia mucha Gente, la qual de miedo de los Tiros, y cansada por el gran calor, se retirò luego. El siguiente dia pareciendo à los Tlaxcaltecas, que en Lugares angostos se podrian mas aprovechar de los Castellanos, con palabras de soberbia, como las pasadas, les embiaron comida, deseando, que fallieran de las Trincheas, à parte angosta, como deseaban; pero con todo esto valerosamente embistieron. Pelearon cinco horas, con mucho corage, sin poder matar, ni prender à ningun Castellano, que era lo que mas deseaban; y procuraban. Murieron de ellos infinitos, porque como estaban apretados, el Artilleria, las Escopetas, y Ballestas, hacian gran riza. Finalmente, despues de mui cansados, mohinos, y corridos de no aver podido executar su ira, se retiraron desordenadamente diciendo: que los Castellanos debian de ser encantados, pues tan poca ofensa recibian de sus Armas. Otro dia de Mañana, los Capitanes embiaron à sus Mensajeros, que dixeron à Fernando Cortès: Señor, si eres Dios Bravo, cata aqui cinco Esclavos, para que comas; y si eres Dios Bueno, ofrecemoste Encienso, y Pluma; y si eres Hombre, toma estas Aves, Pan, y Cereças, que tu, y los tuyos comais. Era su intencion saber, si los Castellanos eran Hombres, como ellos, porque de no averlos podido vencer, ò matar alguno, juzgaban, que eran inmortales; y viendo por otra parte, que comian, y hacian las demás cosas, que los Mortales, estaban confusos. Fernando Cortès, cuià discrecion en nada faltaba, dixo: Que todos ellos eran Hombres Mortales, como ellos, compuestos de las

CAP. XXXIII. Que los de Tlaxcalla embian à espiar el Exercito de Cortès, y que salió à la Campaña, y diò sobre los de Tzinpantzinco, y castigò ciertas Espias, y se buelve Xicotencatl à Tlaxcalla.



NO avia de la Torre, y Alojamiento Castellano, à la Ciudad de Tlaxcalla mas de seis Leguas, y cada dia sabia la Señoria, lo que pasaba; y porque todo su deseo de los Tlaxcaltecas, era vengarse de los Castellanos, viendo el poco remedio, que con la fuerza tenían. Bolvieron el Animo à la Industria, y para mas asegurar los Castellanos, y darles muestras de Paz, embiaron algunos Principales con vn Presente de Oro, y Pluma. (que para Tlaxcalla, adonde de todo esto avia falta, era mucho) Hicieron gran Acatamiento à Fernando Cortès, y el mas Anciano le dixo: Que la Señoria le besaba las manos, y embiaba aquel Pobre Presente, y que no era maior, por falta de voluntad, sino por la Pobreça de su Tierra, y que si otra cosa mandaba, le servirian de buen coraçon. Creiendo Cortès, que aquella Embaxada era verdadera, mui alegre les dixo: Que aunque estimaba en mucho el Presente, tenia en mas su voluntad, y que nada mas deseaba, que tenerlos por Amigos. Diòles algunas cosillas de Castilla, que tuvieron en mucho. Embiaron los Tlaxcaltecas otro dia cinquenta Indios, que en su manera parecian Honorados; llevaron mucha comida, preguntaban como estaba la Gente, y que pensaban hacer? Dixo Cortès, que todos estaban buenos, y les agradeciò el Presente. Y como Hombres, que tenían familiaridad, andaban por el Quartel mirando su Asiento, considerando las Armas, el Traxe, y lo demás, con los Caballos, fingiendo espantarse de todo; (aunque à la verdad la estraneça, y novedad de las cosas, pedia admiracion en ellos) y mirando en ellos Teutl de Cempoalla, dixo à Fernando Cortès, que entendia, que aque-

llos mismas calidades, y que porque creian à vn solo, y Verdadero Dios, y le servian, los ayudaba, y ayudaria siempre, y que no le tratasen mentiras, pues todas avian de resultar en su daño; y que pues no les deseaba hacer mas daño, sino ser su Amigo, no fuesen porfiados. Con estas palabras dichas, blandamente los despidió, dandoles gracias por el Presente. Fueron otro dia, hasta treinta mil Tlaxcaltecas, desconfios de señalarse mas, que los pasados; pelearon tan bravamente, que fue Batalla mas reñida, que las pasadas; pero al cabo se retiraron afrentosamente; y es de considerar, que en diez Dias, que en aquel Alojamiento estuvieron los Castellanos, los mas de ellos probelian los Indios de Pan, Gallinas, y Cereças, solo para considerar la orden del Exercito, y su Aliento, si vian entrar Muertos, ò curar Heridos, y si estaban con mas, ò menos fuerças, y que semblante tenían; pero esta intencion no la hecharon de ver luego los Castellanos, antes alababan à los Indios, porque peleaban con solas las Armas; porque si la comida les quitáran, les hicieran gran daño, siempre que llevaban la comida, decian, que eran los Barbaros Otomies, y no Tlaxcaltecas, los que peleaban. En vna de estas Batallas, vn Indio Tlaxcalteca, Gañan, y bien Armado, peleaba tan valerosamente con dos Castellanos, que les daban en que entender, hasta que Larez el Herrador, diciendo: Verguença Castellanos; cerrò con el Indio, y aunque con fiereça, le aguardò con su Espada, y Rodela, le diò vna Lanchada por el Pecho, que le matò. Con todo esto era tan grande la Valentia de los Tlaxcaltecas, y sin numero su multitud, que todos juzgaron, que era el Divino Favor, el que los ayudaba, y no valor humano.

